

Antón Costas

# En defensa del posibilismo

Cuando llegué a Barcelona a inicios de los años setenta para estudiar Economía en la Universitat de Barcelona, una de las asignaturas de primer curso era teoría del Estado. Uno de los temas del programa era el estudio de las transiciones de las dictaduras a la democracia. Su interés no era sólo académico, eran los años del comienzo de la transición política española.

El profesor nos hizo una revisión comparativa de la historia. Su conclusión era deprimente. A su juicio, esas transiciones siempre iban acompañadas de un inevitable y violento choque de trenes. Y lo que era aún más inquietante es que el resultado de ese choque era incierto, tanto podía ser una salida en una dirección pluralista como en una autoritaria. Las *primaveras árabes* de estos años podrían ser un ejemplo de esto último.

Nuestro profesor –un joven y brillante catedrático de Ciencias Políticas– no supo anticipar lo que iba a ocurrir en España. No hubo choque de trenes. En su lugar, entre las fuerzas del statu quo y las de la ruptura, se abrió paso a una opción posibilista en una dirección pluralista y democrática.

¿Por qué mi profesor no entrevió esa opción? Debido al uso del tradicional enfoque probabilístico, centrado sólo en el análisis de las motivaciones del comportamiento de los partidos y de los líderes. En ese enfoque, el resultado del enfrentamiento entre los defensores del statu quo y los partidarios de la ruptura es el choque.

Viniendo al momento actual, mi impresión es que muchos análisis del “problema catalán” se apoyan en este tipo de enfoque probabilístico. De ahí, el fatalismo del choque de trenes.

Sólo, como recomendaba Albert O. Hirschman, cuando se introducen en la ecuación las motivaciones más amplias de los ciudadanos, así como un enfoque más complejo de las circunstancias en que opera el cambio, es posible descubrir caminos, por estrechos que sean, que pueden conducir a un resultado que parece imposible desde un análisis probabilístico.

A. COSTAS, catedrático de Economía de la UB

¿Cómo podríamos abrir camino al posibilismo? Ampliando el análisis de las motivaciones y de las oportunidades para el cambio:

Primero, con una visión más acertada del papel que desempeña el conflicto en la solución de los problemas. Bien atendido, el conflicto es más un pegamento que un disolvente. Fíjense en el conflicto entre trabajadores y empresarios. Bien manejado, no destruye la empresa, la fortalece. Lo mismo sucede



JORDI BARBA

con la familia y con la sociedad. Sólo cuando no se atiende, el conflicto se polariza en los extremos y pasa a ser del tipo “o esto o lo otro”. Eso conduce al choque y a la frustración.

Segundo, ampliando la agenda de problemas. Si en la reunión de hoy entre los presidentes Artur Mas y Mariano Rajoy el único tema es la consulta, el fracaso está cantado. Si incorpora los problemas que, después de siete años de plomo, afectan a la vida diaria de los ciudadanos, tanto de los catalanes como del res-

to de españoles, el posibilismo aumenta. Los conflictos serán entonces del tipo “más o menos”, más fáciles de gestionar.

Tercero, abriendo la solución a los ciudadanos. En una democracia, el bloqueo del juego político partidista tiene una salida natural: dejar hablar a la ciudadanía a través de las elecciones. Es el mecanismo de consulta natural y recurrente. El Gobierno de Madrid ya no niega la existencia del problema catalán, ni que el camino sea la reforma de la Constitución, lo que llama la tercera vía. El problema, en palabras de la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría, es que no hay consenso entre las fuerzas políticas. Veamos, entonces, si ese consenso existe en la sociedad.

Cuarto, aprovechando la conjunción de circunstancias inesperadas que abren una ventana de oportunidad. En particular, la sustitución en la jefatura del Estado, un hecho de trascendencia histórica.

¿Cuál puede ser el camino? Las elecciones generales anticipadas. Tiene muchas ventajas y pocos inconvenientes.

Los inconvenientes vendrían si provocasen una percepción de inestabilidad política que fuese penalizada por los mercados de capitales y mal vista desde la Unión Europea. Eso era cierto en el 2012, cuando el riesgo de rescate era elevado. Pero no ahora. Al contrario. Y la nueva Comisión Europea puede ayudar.

Las ventajas son muchas. Facilita que los líderes puedan modificar sus posiciones sin sentirse humillados. Obliga a los partidos a ampliar la agenda de problemas. Permite que el nuevo Congreso ponga en marcha una reforma limitada de la Constitución que busque el encaje del problema catalán en el marco más amplio de una reforma para toda España. Hace que todos los ciudadanos sean consultados en referéndum y, en su caso, legitimen el cambio. Y, a partir de ahí, el inicio de un nuevo periodo largo de convivencia fructífera en común.

En septiembre podemos volver a hablar de esta salida posibilista. Probablemente es la vía inteligente. Mientras tanto, buen verano.●

Pilar Rahola



## ¿Y ahora, qué?

En los tiempos del pujolismo magmático, la pregunta que daba más miedo en las filas soberanistas era la del postpujolismo. “¿Y después, qué?”, se preguntaban quienes consideraban a Jordi Pujol un político tan intenso que sólo podía dejar, después de irse, la tierra quemada. Al fin y al cabo, Pujol era para CDC el protagonista del dicho del niño en el bautizo, el marido en la boda y el difunto en el funeral, y la idea de que el partido corriera el riesgo de no sobrevivir al patriarca inquietaba a muchos. Pero Pujol se retiró, llegó Artur Mas, cambiaron los equilibrios internos y una honda regeneración, más importante de lo que se ha publicitado, recorrió la espina dorsal de CDC. Convergència era la heredera del pujolismo, pero a medida que se alejaba el creador, la marca se volvía más oxidada y pesada. Primero, porque cambiaba la centralidad del país y se adivinaba un cambio histórico de paradigma.

Segundo, porque a pesar de ser una honorable marca, acumulaba mochilas oscuras, cuyas bombas fétidas podían estar activas. Y si bien nadie sabía si la rumorología sobre el sector negocios era una verdad rotunda o

## El futuro de CDC es el de morir para volver a nacer con otras siglas y unos renovados parámetros

una maledicencia política, todo el mundo temía que algunas maldades fueran ciertas. De hecho, algún día tendremos que hacer la autocrítica de tanta sordera colectiva.

Fue así, pues, como lentamente CDC dejó de ser pujolista, sin renunciar a sus orígenes, y cuando viró el discurso, el partido fagocitó la herencia: el pujolismo entraba en el museo. El problema es que, después del estruendo político a raíz de la confesión de Pujol, esta herencia no es buena ni como trofeo. Y es ahora cuando vuelve la pregunta de manera descarnada: ¿qué será CDC después de Pujol?

Personalmente creo que lo tiene crudo, porque la bomba de Pujol ha sido una implosión que difícilmente permitirá recomponer los trozos que han estallado en todas direcciones. Y si añadimos el hecho de que el mapa político catalán está en plena reinención, y que se han movido los espacios, cabe concluir que el futuro de Convergència es, posiblemente, el de morir para volver a nacer con otras siglas y renovados parámetros. De hecho, es lo que intenta Duran con su propio espacio.

Sobra decir, además, que la situación actual de Catalunya, añadida al reto de la consulta, facilita el necesario proceso del ave fénix. En cualquier caso, o se refunda en una opción soberanista más amplia o es posible que pierda su papel central. Lo que ha pasado no dejará indemne al partido, y difícilmente CDC podrá dirigir el proceso nacional y al mismo tiempo llevar las miserias del pujolismo en la mochila. Pujol se fusionó tanto con Catalunya y con sus derechos que no basta con hacer colada, hay que estrenar sábanas nuevas. Y será Artur Mas quien tendrá que liderar esta refundación del espacio. Es decir, por si no tenía bastante, le ha salido más trabajo al muy honorable.●

DEBATE. La cultura digital / **Andreu Casero-Ripollés**

# Entre Aristóteles y McLuhan

El ciberactivismo político captó la atención mundial hace tres años al ocupar lugares simbólicos como la plaza Tahrir, la Puerta del Sol o Wall Street. Antes había tomado virtualmente Facebook y Twitter. Su irrupción alentó esperanzas de cambio político y novedades en la comunicación digital. Ahora, las plazas están en silencio, pero bajo la aparente calma de la superficie, muchas cosas se han movido.

El uso de las redes sociales para hacer política es una de ellas. Los ciberactivistas tienen la firme creencia, siguiendo a McLuhan, de que estas plataformas digitales son una extensión del ser humano. Por eso les otorgan incontables propie-

dades, todas ellas benéficas y positivas.

Desempeñan un papel destacado en la organización, movilización y expansión de las demandas de los nuevos movimientos sociales, como ha demostrado la Plataforma de Afectados por la Hipoteca. Pero también lo es que no hay nada intrínsecamente democrático en sí mismo en los medios sociales ni nada que haga que fomenten automáticamente la democracia.

Las redes sociales se han convertido ya en un elemento indispensable de la comunicación política en la era digital, pero por sí solas son insuficientes para extender las reivindicaciones del ciberactivismo. Como ya se constató en el 15-M, para ganar la batalla en el contexto de la economía de la atención no se puede prescindir de los medios de comunicación convencionales, especialmente de la televisión.

Es esta una lección que, en las últimas elecciones europeas, ha ratificado el fenómeno Podemos. Sin un líder mediático como Pablo Iglesias, que se prodiga en tertulias televisivas acumulando notoriedad, su ascenso no hubiera alcanzado tal magnitud. De hecho, la mayoría de sus votantes ni son jóvenes ni activos en las redes.

Para decepción y frustración de muchos ciberactivistas, la televisión sigue siendo un gran altavoz sin el cual es difícil llegar a todos los ciudadanos. Las redes sociales han impulsado cambios, pero los medios tradicionales siguen ahí, en el centro del escenario. Ni la televisión ni las plataformas digitales garantizan el éxito político y electoral. La clave está en combinar las viejas y las nuevas formas de comunicación. En el punto medio, Aristóteles ya lo advirtió hace dos mil años.●

A. CASERO-RIPOLLÉS, profesor titular de Comunicación Política, Universitat Jaume I de Castelló